

# LA ESTRATEGIA TERRITORIAL DE LAS TRANSNACIONALES BANANERAS EN CENTROAMÉRICA: EL EJEMPLO DE LA UFCO EN COSTA RICA EN LA VISIÓN DE LOS ESCRITORES CARLOS LUIS FALLAS Y JOAQUÍN GUTIÉRREZ

*Juan-Francisco Martín Ruiz*

*Cuando sonó la trompeta, estuvo  
todo preparado en la tierra,  
y Jehová repartió el mundo  
a Coca-Cola Inc., Anaconda,  
Ford Motors, y otras entidades:  
la Compañía Frutera Inc.  
se reservó lo más jugoso,  
la costa central de mi tierra.<sup>1</sup>*

## INTRODUCCIÓN

A través del análisis de la obra narrativa de tres grandes escritores centroamericanos —el guatemalteco Miguel Ángel Asturias y los costarricenses Carlos Luis Fallas y Joaquín Gutiérrez— intento plantear las grandes claves en las políticas de penetración y dominio imperialista de las grandes multinacionales bananeras norteamericanas en las llanuras atlánticas de Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa Rica primero, y más tarde en el Pacífico sur costarricense en torno a Golfito, y la respuesta que surge de los pequeños y medianos propietarios y cultivadores locales (finqueros), y en particular de las grandes huelgas de los peones de las plantaciones de la *United Fruit Company*. El análisis completo de la problemática en el área centroamericana se realiza a partir de la obra de Miguel Ángel Asturias, sobre todo de su *trilogía bananera*, que se inició con *Viento Fuerte*, publicada en 1950, seguida de *El Papa Verde*, de 1954 y *Los ojos de los enterrados*, editada ya en 1960. El propio Miguel Ángel Asturias afirmaba que la “novela es el único medio que tengo para dar a conocer al mundo las necesidades y aspiraciones de mi pueblo”, aunque en esta ponencia me limitaré, por razones de espacio, al caso costarricense, basándome en dos novelas fundamentales, *Mamita Yunai*,<sup>2</sup> de Carlos Luis Fallas (Costa Rica, 1909-1966), en la que narra, de una forma magistral y con una prosa espléndida, su experiencia como trabajador y activista revolucionario y antiimperialista desde los años 30 del siglo xx, que le costó incluso destierros en la costa atlántica, en la provincia de Limón, en cuya capital, Puerto Limón, residía la clase dirigente de *Mamita* (United Fruit Company), en donde la segregación social y espacial es palpable aún hoy en su paisaje y estructura urbana, puerto que se constituyó por otro lado en lugar de salida de la producción de bananos de las plantaciones de la llanura atlántica, zona bananera conocida como *Línea*, con destino al mercado de EE.UU., casi exclusivamente.

Por último, en *Murámonos Federico*,<sup>3</sup> la excelente novela de Joaquín Gutiérrez (1918-2000), se retrata con una profundidad y estética fuera de lo común la resistencia de la burguesía costarricense constituida por los medianos propietarios (finqueros) a las presiones

brutales de la multinacional para hacerse con todas las tierras, en particular aquéllas cuya situación era estratégica para el establecimiento de infraestructuras, tanto de transportes (ferrocarril) como de explotación en el seno de las plantaciones (andarivel,<sup>4</sup> zanjas de drenaje, etc.).

#### EL ESPACIO GEOGRÁFICO

Situada en plena zona intertropical, o si se prefiere en la zona tropical norte, y a apenas 1.000 kms. del ecuador, entre los 8 y 11° de latitud norte, la posición de Costa Rica es estratégica en el istmo centroamericano, puente de las dos Américas, entre el Caribe y el Pacífico, a una distancia promedio de 190 kms.<sup>5</sup> Con 51.100 kilómetros cuadrados, ocupa la quinta plaza de entre los países de América central, sólo mayor que El Salvador y Belice en el istmo, e inferior a Cuba y a La Española (Haití y República Dominicana), aunque es mayor que Jamaica, Puerto Rico y Trinidad-Tobago.<sup>6</sup>

#### LAS POTENCIALIDADES DEL MEDIO NATURAL

Hasta mediados del cretácico, su territorio fue una fosa marítima o canal que comunicaba el Pacífico con el Caribe, y tras sucesivas subsidencias y levantamientos, desde finales del cretácico hasta el mioceno, que lo transformaron alternativamente, parcial o totalmente, en mar o en istmo, es sólo partir del plioceno superior cuando el espacio costarricense llega a conformarse con las características actuales. Durante las eras cenozoicas y cuaternarias se origina el espacio más meridional de Centroamérica, como resultado de la subducción de la Placa de Cocos por debajo del margen sudoeste de la Placa del Caribe, cuya tectónica provoca una orogénesis y actividad volcánica así como una fortísima intensidad sísmica,<sup>7</sup> aún presente hoy.

Morfológicamente, derivación de esta historia geológica, hay una clara oposición de tierras altas centrales (de dirección W-NW/SE), compuestas de varias unidades, como cadenas volcánicas (cordillera de Guanacaste al norte, la Central, y al sur, la cordillera de Salamanca),<sup>8</sup> y mesetas, de las que la Central, entre la Cordillera Central y la de Talamanca, es la más importante, cuenca alta, *tierras templadas* (Figura 1) y de dirección Oeste-Este, entre los 1.100 y 1.200 metros de altitud, donde se sitúa la capital, San José, rellena de depósitos volcánicos y sedimentarios. Sobre la vertiente pacífica destacan dos amplias penínsulas, la de Nicoya al norte y la de Osa al sur, resultado de movimientos de bloques inestables y de fallas, constituyendo en realidad afloramientos del sustrato precretácico.<sup>9</sup> El resto del espacio costarricense está constituido por llanuras bajas, cálidas y muy lluviosas, más amplias en la vertiente atlántica, auténtico piedemonte de la meseta central, de suave pendiente, ocupando más de un tercio del territorio del país, colmatadas de aluviones cuaternarios,<sup>10</sup> que se inundan periódicamente, formando auténticas ciénagas y áreas lacustres y pantanosas, los *suampos*, donde los *zancudos chupaban sangre*, inyectando la malaria, que hacía auténticos estragos en la peonada de las plantaciones; son más estrechas las de la vertiente pacífica, de origen tectónico, y se hallan separadas por mesetas y unidades morfológicas definidas por colinas, pero aún así son también de una gran relevancia en la explotación agroexportadora de las transnacionales,<sup>11</sup> sobre todo a partir de la crisis de los cuarenta que afecta a la zona bananera atlántica.

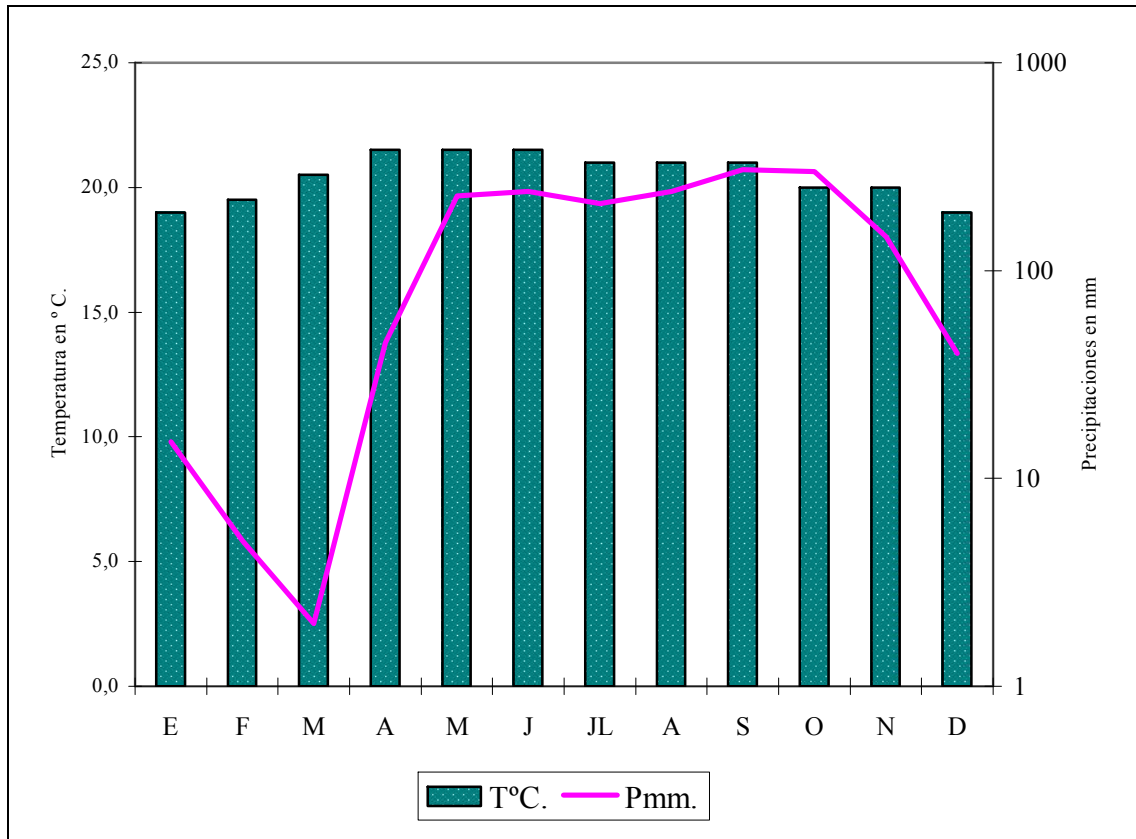


Figura 1. Climograma de San José (Costa Rica)  
Fuente: Elaboración propia

Su clima, informado en la dinámica atmosférica por la CIT, de dirección general Este, es muy lluvioso y cálido, suavizándose con la altura. En las llanuras atlánticas, donde se situaba la *Línea*, la temperatura media anual se aproxima a los 30° C., con una amplitud térmica muy reducida, y totales pluviométricos que pueden llegar a lo 6.000 mm. al año, sin que se esboce estación seca alguna (Figura 2).

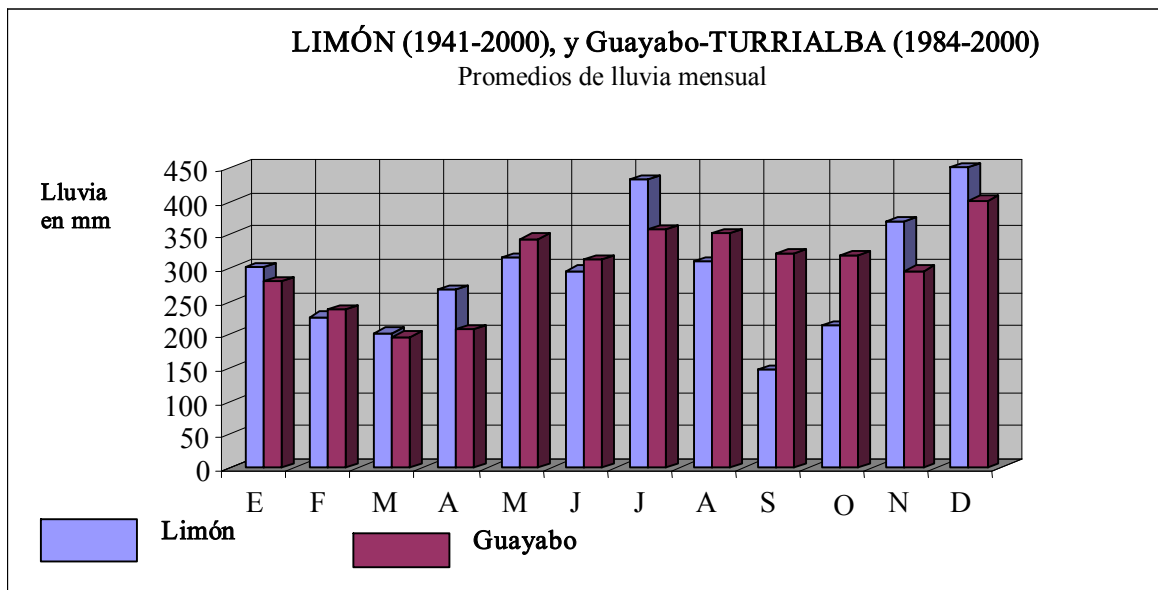


Figura 2. Distribución mensual de las precipitaciones en dos estaciones de la llanura bananera atlántica  
Fuente: Max MENA: Clima de Costa Rica. 1. M. N. de Costa Rica. <http://www.imn.ac.cr/>  
Reelaboración propia.

Hacia la meseta central, la altitud matiza los rasgos climáticos, pasándose de las tierras cálidas bajas a las tierras templadas altas, con temperaturas más bajas, en torno a los 20° C, y en la distribución de la precipitación hay dos estaciones: la seca, de diciembre a mayo (el verano, por la escasez de lluvias), y la lluviosa (el invierno), de mayo a noviembre. En las cadenas montañosas, sobre todo en las cordilleras Central y de Talamanca, la altitud determina que desaparezca la estación seca, y las precipitaciones se aproximan a los 3.000 mm. anuales, al tiempo que desciende la temperatura, La estación seca aparece de nuevo en las llanuras de Guanacaste, en la costa pacífica, al NW, aunque hacia las llanuras del Pacífico sur, en la península de Osa y en la región de Golfito la lluvia aumenta y desaparecen los meses secos.

La vegetación responde a la distribución de las lluvias, de manera que en las áreas sin estación seca y fuerte precipitación anual aparece un bosque tropical húmedo (en realidad una auténtica *selva*), siempre verde, desarrollándose sobremanera en las tierras bajas caribeñas y hacia el piedemonte con la meseta central y cordilleras Central y de Talamanca, donde fue preciso talar y roturar para convertirlo en terrazgo de las plantaciones bananeras, abriendo trochas incluso con dinamita para llevar el tranvía hasta la selva virgen y abrir amplios campos de bananos, causando una deforestación indiscriminada.<sup>12</sup> Hacia las áreas del Pacífico, la aparición de la estación seca da paso al bosque tropical seco, característico de dicho océano, incluso de carácter mixto, por la manifestación de los rasgos del bosque tropical de altura, aunque se sabaniza hacia el norte, en la región de Guanacaste. En las altas cimas de las cordilleras mencionadas, por encima de los 3.000 metros de altitud, aparecen ya los páramos.

Asociada a la vegetación y al clima se ha halla la fauna, de modo que en las zonas de bosque tropical húmedo, siempre verde, hay un hábitat rico en comunidades de aves, mamíferos, reptiles...<sup>13</sup> Más de 40 familias de aves (águilas, loros, halcones, zopilotes, etc.), primates, felinos (el tigre o jaguar), culebras venenosas, entre las que se halla la temida terciopelo, que hacen de este ecosistema un medio rico pero al tiempo peligroso para la ocupación humana. En el bosque tropical seco, una amplia avifauna, mamíferos (venados), murciélagos, ardillas, culebras, y en los bosques mixtos de montaña, una avifauna cuya originalidad viene dada por la aparición de gallinas de monte, lechuzas, y el quetzal, en extinción. Entre los mamíferos, el depredador *zorro pelón*, el león o puma...

También asociada se halla la hidrografía, pudiéndose agrupar los ríos en las dos grandes vertientes ya explicadas: de un lado, la más importante, los cursos del Atlántico, entres lo que cabe destacar el San Juan al norte, compartido con Nicaragua, con sus afluentes, el Chirripó y el Sarapiquí; el Reventazón drena una parte importante de la meseta central, y luego por la relevancia que ofrecen en la llanura bananera, el Pacuare, el río de *Federico* o *Don Federico*, el finquero presionado por la UFCO, en la novela *Murámonos Federico*, y el Sixaola, que comparte ya con Panamá, río de la indiada de Talamanca y de *Sibajita*, personaje principal de *Mamita Yunaj*; de otro lado, los de la vertiente pacífica, que por las inferiores precipitaciones y la menor amplitud de sus llanuras, son menos relevantes, aunque cabe mencionar el Tempisque, al norte, en la sabana de Guanacaste, el río de Manglar, otra gran novela de Joaquín Gutiérrez, no estudiada en este trabajo.

#### LA UFCO Y LA OCUPACIÓN DEL ESPACIO

Hasta finales del siglo XIX era el café el principal producto de exportación de Costa Rica, aunque presentaba dos problemas graves: es un cultivo de altura y se adapta mal en las tierras

bajas cálidas, y además las malas comunicaciones entre el valle central, principal área cafetera y la costa, impedían que el producto llegara a Europa en un plazo razonable de tiempo, porque la ruta del Atlántico, a través de sus llanuras insalubres y de selva, era casi imposible, razón por la que debía salir por el Pacífico, a través de Puntarenas, fletándose a Europa por una larga travesía que implicaba cruzar El Cabo de Hornos. El viaje duraba así entre 130 y 140 días, en tanto que desde el Atlántico, desde Puerto Limón se reducía a unos 90 días.<sup>14</sup> El objetivo era, pues, la construcción del ferrocarril desde la meseta central a Puerto Limón, atravesando el piedemonte y las llanuras bajas cálidas del Caribe, en donde se desarrollaba el bosque tropical húmedo, una auténtica jungla, pantanosa, donde la fiebre amarilla, la disentería y el paludismo causaban estragos en la población. La idea del ferrocarril se planteó desde mediados del siglo XIX, pero será en 1884 cuando se firme el denominado contrato Soto-Keith, por parte de Minor Cooper Keith (1848-1929),<sup>15</sup> y el gobierno de Costa Rica, en condiciones vergonzosas para éste, por todas las concesiones que realiza.<sup>16</sup> Este contrato es el inicio de la penetración de las transnacionales en Costa Rica. En 1890 se terminó la construcción del ferrocarril, tras 19 años de inversión ferroviaria, más de 4.000 pérdidas de vidas humanas sólo en las primeras 20 millas,<sup>17</sup> acercándose el mercado europeo para el café costarricense. En *Cien años de Soledad*, de G. García Márquez, se denuncia la llegada del ferrocarril al espacio mítico-real de Macondo como principio de progreso pero también de destrucción,<sup>18</sup> y de penetración de la UFCO.



*United Fruit Company Train. Willis J. Abbot—Syndicate Publishing Co.-1914*

Sin embargo, para Keith no era suficiente negocio y pronto comenzó a exportar bananos, introducidos desde Jamaica en 1870 (variedad Gross Michel) y algo más tarde inicia él mismo las plantaciones de esta variedad, aprovechándose, sin duda, del contrato firmado con el gobierno. En 1899 se une a la *Compañía frutera de Boston*, que operaba también en el Caribe, y funda la *United Fruit Company*. Basándose en un control monopolístico vertical, pues controlaba todas las fases de producción, desde la tierra, a los medios de producción como plantaciones, caminos, ferrocarriles, muelles y barcos, embarques y venta en el mercado norteamericano, al que controlaba de una manera eficaz, el negocio y la tasa de beneficios eran inimaginables. Carlos Luis Fallas denuncia esta estrategia, no sólo en su novela sino

también en un famoso discurso pronunciado en San José, el 18 de septiembre de 1955.<sup>19</sup> A todo ello se deben añadir los sueldos de auténtica miseria, en una explotación tan brutal que resulta difícil hallar precedentes, los abusos de los comisariatos, los precios altísimos cobrados a los peones por las pastillas de quinina para combatir la fiebre, los impuestos cobrados a los indios de Talamanca por usar las tierras abandonadas por la Compañía, y la ventajosa alianza con los finqueros locales cultivadores de bananos mediante contratos abusivos que implicaba un mayor negocio para su flota de barcos y la ventaja de disponer de su producción para la comercialización, comprada por racimos recibidos a precios bajísimos, rechazándola cuando el mercado se hallaba saturado. En *Mamita Yunai* se denuncia la explotación de la peonada por parte de la UFCO, de los trabajadores, de las condiciones miserables en que trabajaba, la explotación de los indios de Talamanca; en *Murámonos Federico*, la de los productores locales, la de los finqueros, pequeños o medianos, en particular la de aquéllos cuyas tierras podía interesar a la compañía para tendido de cables de transportes, aperturas de zanjas de drenaje en una región pantanosa que se inundaba además por las fortísimas precipitaciones y las crecidas de los ríos, el Pacuare, en otro lado de la Línea.



*Puerto Limón a principios del siglo XX*

Merced a esta estrategia de monopolio vertical, el crecimiento de la compañía es espectacular, como se puede apreciar en la Figura 3.

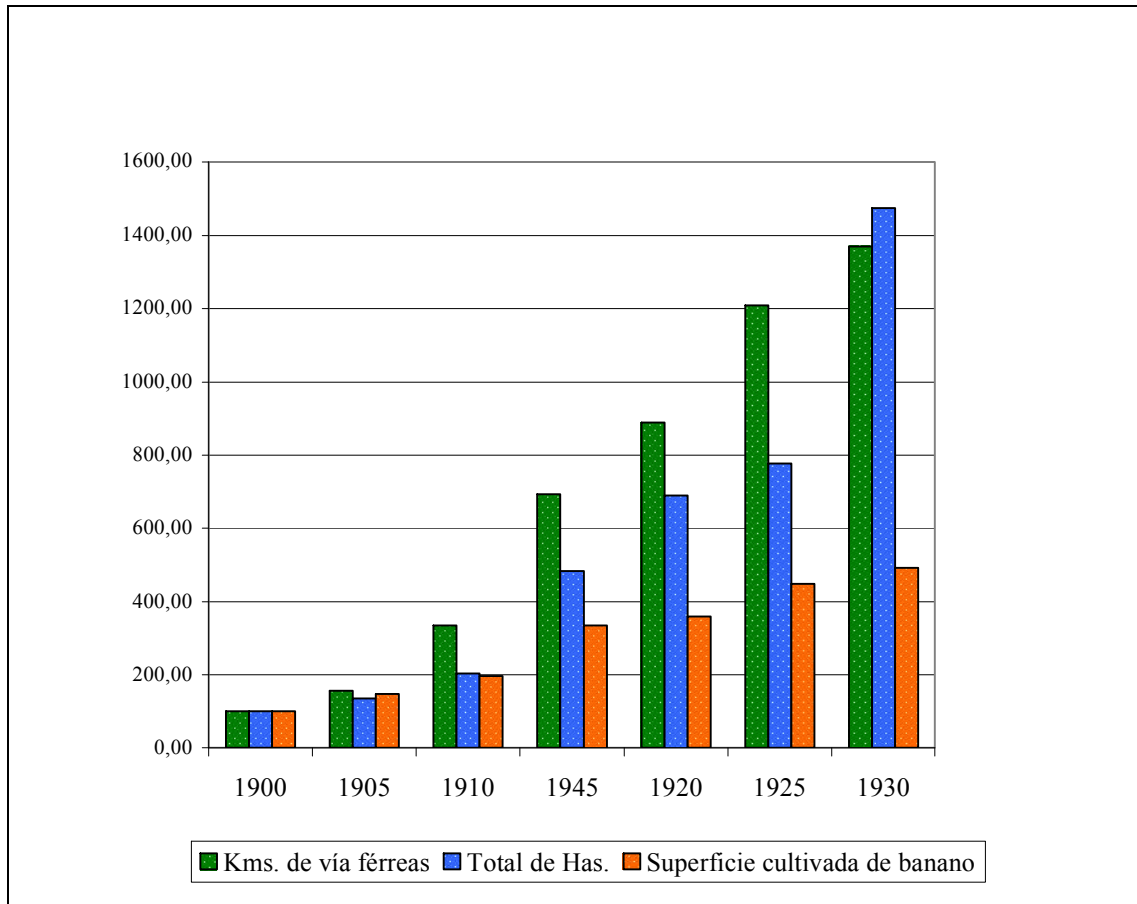


Figura 3. Evolución de las infraestructuras y de la propiedad de la tierra de la UFCO en Centroamérica Fuente: Frank Ellis.<sup>20</sup> Elaboración propia



El tren del banano, recogiendo los racimos.

## LA VISIÓN DE LOS DOS ESCRITORES

Hay una escasa aportación teórica desde la literatura al conocimiento de la penetración de las transnacionales norteamericanas en América latina. Sólo conozco una aproximación en el estudio de Jéssica Ramos-Hathun, *La novela de las transnacionales: hacia una nueva clasificación*,<sup>21</sup> en el que aborda en general una clasificación de los escritores latinoamericanos cuya obra se haya centrado, parcial o totalmente, en el tema de las transnacionales desde la perspectiva de “la reagrupación de novelas sociales de tendencia antiimperialista”.<sup>22</sup> Incluye a escritores como Miguel Ángel Asturias, con su trilogía bananera, a César Vallejo (*El tungsteno*, 1931), César Uribe Piedrahita (*Mancha de aceite*, 1935), al primer Gabriel García Márquez (*La hojarasca*, 1965 y *Cien años de soledad*, 1967), y entre otros, a nuestros escritores, Carlos Luis Fallas (*Mamita Yunai*, escrita en 1940 y publicada un año después), y Joaquín Gutiérrez, aunque paradójicamente no estudia su gran obra, y la que presenta un gran interés desde la perspectiva de la estrategia de la Compañía en Costa Rica, *Murámonos Federico* (primera edición, 1986?), sino una anterior, *Puerto Limón*.<sup>23</sup>

Ambas novelas son complementarias, porque la primera estudia la perspectiva proletaria, de las peonadas de la Línea, explotadas de una forma inhumana por La Compañía, y abandonadas por el Gobierno, con menos poder que la propia UFCO<sup>24</sup> y los propios medios de comunicación, dominados por La Compañía sobre todo por lo que suponía la publicidad; la segunda, analiza con rigor el punto de vista de la burguesía local, los finqueros afectados por la crisis del cacao y aquellos cafetaleros que quisieron invertir en la explotación del banano, inducidos en muchas ocasiones por la propia compañía para crear así una producción que siendo independiente estuviese siempre controlada.

LA PERSPECTIVA PROLETARIA: CARLOS LUIS FALLAS Y *MAMITA YUNAI*

La representa Carlos Luis Fallas, en su obra ya mencionada, en que el autor se implica y es protagonista porque él mismo es peón de La Compañía, dinamitero, sindicalista y vive en carne propia los horrores de la zona bananera atlántica, convirtiéndose en un líder obrero que organiza la gran huelga bananera del atlántico de 1934, comienzo del declive de La Compañía en La Línea, momento en que inicia su traslado a las llanuras de la costa pacífica, Golfo Dulce, cuyo centro era Golfito, del mismo modo que el centro del Caribe lo fue Puerto Limón. Toda la obra se centra casi única y exclusivamente en torno al mundo de las vivencias personales de su autor, y ello se manifiesta ya en la misma forma del relato, sin duda de una calidad literaria fuera de lo común, como lo demostró el hecho de que, al conocerla, fue el mismo Pablo Neruda el que la promocionó y fomentó internacionalmente. Pero es una obra literaria, inserta en la novela social, con la creación de personajes con clara identidad, bien definidos y de vida propia y con una capacidad narrativa impresionante. Es una obra de denuncia continua de la situación de desamparo de las indias de la Cordillera de Talamanca y de sus valles, y de la peonadas de La Compañía, de las condiciones miserables en las que convivían, de los salarios de miseria y de la ausencia de seguridad social, a pesar de que Costa Rica ya estaba introduciendo un interesante sistema de Seguro y Sanidad públicos, que en general seguían los finqueros locales, pero no La Compañía, que actuaba con la mayor impunidad, dominando incluso al propio gobierno<sup>25</sup> y al sistema financiero local, a su servicio incluso para apretar financieramente a los productores locales.

Las 204 páginas de la edición de la novela que he estudiado<sup>26</sup> las divide el autor en cuatro partes, de las que la última es un añadido posterior, basada en el discurso mencionado más arriba, y que no encaja en la estructura narrativa de la obra, impecable por lo demás.



En la primera parte, que titula *Politiquería en el tisingal de la leyenda*<sup>27</sup> narra la experiencia de *Sibajita*, vivida por él mismo en los valles y cordillera de Talamanca, a donde acude como *fiscal* o representante de un partido de izquierda de la oposición, *El Bloque de Obreros y Campesinos*, para controlar las votaciones en unas elecciones más que fraudulentas, en una mesa electoral, la de Amure, situada en Talamanca, oculta intencionalmente por las *autoridades*, que presentaba problemas para los partidos de la oposición de la provincia de Limón, y por ende para todos los peones de La Línea.<sup>28</sup> El único medio de transporte en esa región montañosa son los botes o *cayucos*, a través del Sixaola, controlados por el Agente de Policía, que “es el amo y señor de la región y ejerce un control absoluto sobre las indiadas a través de los pocos indios que saben leer y escribir” (p. 18). Dice Sibajita:

Talamanca es una región poblada de indios, en su mayor parte analfabetos, que casi no hablan español y que hacen una vida primitiva y miserable. Viven agrupados en rancheríos cerca de los márgenes de los diferentes y caudalosos ríos o el corazón de la montaña (p. 18).

Aprovecha no sólo para denunciar la corrupción del régimen, de los partidos *oficialistas*, sino sobre todo las condiciones de explotación, de miseria, el analfabetismo de los indios y negros refugiados en la montaña, que tuvieron que huir “después de haber enriquecido con su sangre a los potentados del banano [...] No los perseguía el perro del negrero: los perseguía el fantasma de la miseria” (p. 25), y ante la crisis que ya se plantea en la llanura atlántica, éstos no tienen la oportunidad de desplazarse a la costa pacífica, como los *españoles*, los blancos, sino de adentrarse en la región, a través de las montañas, camino de Panamá, para trabajar en las plantaciones o en el propio Canal.

Tras muchas peripecias para localizar y llegar a Amure, el lugar de la votación logra llegar al núcleo de ocupación de los indios y ocuparse en controlar de la mejor forma posible el sistema de votación impuesto a aquéllos, que eran comprados y coaccionados por esos representantes del poder. Aun siendo de gran interés todas las reflexiones que realiza Sibajita con motivo del fraude electoral y del engaño a los indios,<sup>29</sup> resulta más relevante la consideración final que hace en torno a las condiciones de vida de la indiada, sin escuela,<sup>30</sup> alcoholizados intencionalmente por el grupo dominante al servicio de La Compañía,<sup>31</sup> sus mujeres violadas sistemáticamente resultado de lo cual nacían hijos ya mestizos, lo que probablemente podía también obedecer a una estrategia para a través de la mezcla de la sangre acabar con los rasgos e identidad indígenas. Dice Sibajita (pp. 69 y 70):

Para sojuzgarlos resultó vano el halago e inútil la amenaza; inútil también desorejar, en la vieja metrópoli colonial, a centenares de de indios prisioneros. No lograron, entonces, domar la raza, ni los habilidosos frailes con sus escapularios y oraciones, ni los valientes soldados de España con sus espadas, arcabuces, cascos y corazas [...] La doma, el embrutecimiento del indio, la destrucción de la raza bravía, quedó para otros conquistadores mil veces menos valientes , pero infinitamente más crueles y rapaces que aquellos españoles ¡ y más arteros!: para los conquistadores imperialistas yanquis, secundados por criollos serviles [...] Los gringos de la United no trajeron arcabuces ni corazas. Trajeron muchos cheques y muchos dólares para corromper a los gobernantes venales y adquirir perros de presa entre los más destacados hijos del país.

Hay tal vez un elogio épico de los indios, que puede resultar paralelo en cierto modo al que se halla en el *Canto General*, de Pablo Neruda,<sup>32</sup> como se puede apreciar en los siguientes párrafos, en los que explica magistralmente la estrategia de los gringos:

Y el plácido y tranquilo valle de Talamanca se estremeció al paso de la jauría azuzada por los yanquis, que no llegaron en pos del legendario Tisingal. No. Querían tierra y hombres-bestias que la trabajaran. Y ya los pobres indios no pudieron contener el avance de la *nueva civilización* [...] ¿Buscaban esmeraldas fantásticas? No. Se iba a transformar el jugo de la tierra en banano y en cacao que luego cambiarían por oro legítimo en los mercados extranjeros [...] La Raza, vencida, al fin remontó el río y fue a esconderse al corazón de las montañas. Y allí la fue a acosar la jauría, que logró regresar a muchos infelices por la fuerza o con el cebo del aguardiente. ¡La Frutera necesitaba esclavos para sus nuevas plantaciones! [...] Entró la locomotora y sacó millones y millones de frutas para los gringos. Y mientras en la capital de la República los criollos imbéciles o pillos aplaudían la *obra civilizadora* de la United, en Talamanca corría el guaro y el sudor y la sangra también (p. 70).

Mediante el uso de una simple negación, Carlos Luis Fallas logra recalcar de una forma muy eficaz qué deseaban los gringos, la tierra y la mano de obra esclavizada, frente a los recursos, las minas de esmeraldas, el *tisingal*, que buscaban los conquistadores castellanos, cuya obra parece considerar el autor como menos devastadora que la ejercida por la nueva civilización norteamericana, cuyo significado ya tiene una clara connotación imperialista para él, muy actual, por cierto. Denuncia al mismo tiempo la pasividad y la corrupción de los grupos sociales dominantes en la capital, los criollos, los descendientes de los españoles, los primeros colonizadores, que se transforman en la clase social que a través de una típica alianza de clase neocolonialista vive de una forma parasitaria, convirtiéndose en finqueros a su servicio o en *autoridades*, que se “quedaron para siempre como una maldición, escudriñando atentamente la montaña, como buitres, dispuestos a saciarse con la carroña de la Raza vencida” (p. 71), cuando una vez agotados los suelos, frágiles por su naturaleza de bosque tropical húmedo los yanquis levantaron los rieles, destruyeron todas las infraestructuras, y se trasladaron a las llanuras pacíficas, a Quepos o Parrita, adonde sólo emigraron los blancos costarricenses y centroamericanos,<sup>33</sup> porque los negros, cuyos ascendientes llegaron cuando la construcción del ferrocarril a finales del XIX, procedentes de Jamaica en buena parte, unos atravesaron la frontera y se desplazaron a Panamá, trabajando como peones en los banales de la misma Compañía o en el Canal, y otros, junto a los indios, se refugiaron en los valles y montañas de Talamanca, donde malvivieron, cultivando algo de banano, café, maíz, con algún ganado (vacas, cerdos, gallinas...), sometidos a las autoridades criollas parásitas (jueces de paz, agentes de policía, “los buitres amaestrados por la United, que en cuestión de monedas “sólo tragan dólares”), que cobraban impuestos arbitrarios y empleaban toda clase de abusos y engaños:

Los analfabetos indios talamancas, como dignos ciudadanos de la República, debían tener sus cédulas de identidad: orden general de presentarse ante la autoridad a llenar las respectivas fórmulas y de pagar dos dólares por la operación. No importaba que los pagaran en cerdos o en gallinas: la finca del Agente tenía campo para todo [...] Poco a poco la indiada lo fue perdiendo todo, hasta quedar en lo que está hoy: el ochenta por ciento no tiene absolutamente nada. Arañan la montaña para obtener un puñado de café, otro de maíz y unos cuantos bananos, y luego sed doblan bajo el peso de la red, como bestias de carga, para arrimar esos productos hasta el rancho (p. 72).

Ocasionalmente en sus cayucos bajaban el río para vender sus escasos excedentes por una *piltrafa*, comprando a precio de oro el azúcar y la sal, productos muy escasos para ellos por los altos precios que imponían los criollos parásitos, alimentándose sólo de bananos y maíz en sus ranchos miserables, donde terminaban por morir “aniquilados por la tos, la diarrea, el paludismo o por una mordedura de serpiente” (p. 72). A todos estos abusos se sumaba el de la propia compañía al cobrarles un dólar por hectárea sembrada.<sup>34</sup>

Sibajita, el fiscal del *Bloque de obreros y campesinos*, hace un diagnóstico impresionante y espantoso de las condiciones y del modo de vida de los indios, cuando dice:

Así viven y mueren los indios, como alimañas inmundas, olvidados de Dios y del Estado. Sólo en las épocas electorales recobran, para el Gobierno, su condición de hombres y de ciudadanos: cuando se necesitan sus votos para fabricar municipales y diputados oficiales. Entonces autoridades y policías visitan al indio, le hacen fiesta y lo emborrachan y le dan tabaco para adormecerlo y para engañarlo. Y para otra cosa también: para terminar dejándole, en pago de su voto, el embrutecimiento del alcohol en el alma, el amargor del tabaco en la garganta y la mujer preñada en el rancho (p. 72).

Creo que no se puede realizar mejor resumen de la situación de los indios talamancos.

En la segunda parte, *A la sombra del banano*, relata las miserables condiciones de vida, la explotación brutal de La Compañía, la puesta en explotación en la Zona bananera atlántica.

La Línea, de cientos de miles de hectáreas, divididas en fincas al frente de las cuales se hallaba un administrador gringo, de condición dudosamente humana, en el decir de Carlos Luis Fallas. Hay una transición entre una parte y la otra, que al poner en boca de algunos de sus personajes<sup>35</sup> (en particular de un criollo, Leví Montealegre, Agente de Policía, amo y dueño de las indiadas, al servicio de La Compañía, cuando narra la odisea del *renco Ramírez*, natural de Guanacaste, que al matar a un *macho*, mister Charles Rid, administrador de la finca *Joncrique*, de comportamiento brutal con los peones y auténtico violador de las mujeres de esta zona,<sup>36</sup> casadas o solteras, se ve obligado a esconderse en las montañas) evidencia que existe una articulación entre la montaña y las llanuras atlánticas y pacíficas. El capítulo V y último de la Primera Parte se adentra ya en lo que es el contenido de la Segunda Parte, y cuyo inicio ya señala lo que supuso la llegada de La Compañía a la zona atlántica:

Eulogio Ramírez nació en Guanacaste, en una hacienda de ganado, criándose entre jinetes, toros y caballos. A los dieciséis años, cuando apenas comenzaba a ensayar el *suelto*<sup>37</sup> al compás de las marimbas y a suspirar por los ojos negros de su prima, se puso de acuerdo con otros muchachos conocidos y, siguiendo el ejemplo de miles de guanacastecos, resolvió irse a probar fortuna a los banales del Atlántico (p. 92).

Resulta evidente que la llegada de la Frutera a la llanura atlántica, con la instalación previa del ferrocarril, de los ramales, la apertura de caminos y *trochas*, la tala de la selva para la apertura de campos de bananos, el drenaje de los bananales mediante zanjas (*zanjos*), las labores de *chapia* y *voltea*,<sup>38</sup> la recogida y carga de los racimos en los trenes primero y en los barcos de la flota de La Compañía después, supuso la demanda de fuerza de trabajo, de peones de haciendas de ganado, campesinos, etc. que procedía esencialmente de tres mercados emisores:

- a) Del exterior, sobre todo de Jamaica, población negra que hablaba inglés, segregados incluso en las propias fincas de la Frutera, tratados de una forma inhumana por los administradores y encargados gringos.
- b) Del propio istmo centroamericano, de Nicaragua, Honduras..., que convivían con los costarricenses.
- c) De otras regiones de la propia Costa Rica, como Guanacaste, que trajo consigo probablemente una migración interna que pudo afectar a muchos miles de personas. Todos ellos jóvenes, casi niños, que llegaban con la esperanza de mediante un trabajo salariado poder ahorrar con el fin de volver a su tierra de origen.

El paso de la primera a la segunda parte, esto es, de las condiciones de vida en los valles y montañas de Talamanca (*Polítiquería en el tisangal de la leyenda*) a la situación en los banales de la zona atlántica (*A la sombra del banano*) lo realiza (ya en las últimas páginas del capítulo V, último de la Primera Parte) Carlos Luis Fallas de una forma que no supone ruptura alguna en la narración, más bien al contrario, una línea de continuidad perfecta, por cuanto acude al encuentro de Sibajita con un antiguo amigo y compañero de trabajo en la llanura caribeña:

El hombre se volvió. Al verme dejó caer el hacha, abrió mucho los ojos, asombrado, y exclamó en una explosión de sorpresa y alegría: -¡José Francisco!- ¡¡Herminio!! Y nos abrazamos fraternalmente  
(p. 106).

Tras contarse en las últimas páginas lo acaecido a ambos, después de catorce años sin verse, el inicio de la Segunda Parte es directo y rotundo, retornando al inicio, como si no hubiese ocurrido nada:

Herminio era un muchacho fuerte y alegre, de pelo negro y abundante y bigotillo ralo recortado. Esa su arma, decía él, para enamorar. Y enamorar llamábamos entonces, salir a Limón con unos cuantos pesos, después de meses de abstinencia y de trabajos, a revolcarnos con las prostitutas [...] Nos encontramos en Andrómeda, lugar solitario y triste, terminal del ferrocarril de La Estrella. Yo había sudado en toda clase de trabajos; él también [...] Había bastante trabajo en Andrómeda. La compañía necesitaba abrir una trocha inmensa, a través de la montaña, rompiendo rocas a orillas del río, haciendo rellenos y tendiendo puentes, para llevar un tranvía hasta la selva virgen y pantanosa, buena para el cultivo del banano, y habilitar de paso unas plantaciones abandonadas hacía algunos años, cuando el río arrastró el antiguo tranvía. Urgía el trabajo, y el tútile<sup>39</sup> Bertolazzi, un ingeniero al servicio de la Compañía. Corría en su mula para arriba y para abajo vigilando los trabajos, dando instrucciones a los contratistas, sacando medidas y carajeando de paso a todo el mundo, blancos y negros, en inglés, italiano y español (p. 109).

Si en la explotación bananera La Compañía acudía a la fórmula de división en fincas, al frente de la cual colocaba a un administrador, en los trabajos de infraestructura los entregaba a contratistas, pudiendo ser en estos casos incluso blancos de la propia Costa Rica o incluso de todo el istmo, los cuales se encargaban de ejecutar las obras, para lo que reclutaban a su propia mano de obra. Las condiciones de trabajo eran siempre malas, pero empeoraban de un

contratista a otro. La *voltea*, la destrucción de la selva, era de tal magnitud que José Francisco, auténtico nombre de Sibajita, comenta con cierta tristeza:

Siempre que pasábamos por la primeras volteas que estaba ya cerca de los campamentos, Herminio se paraba a contemplar los árboles inmensos y tendidos por el hacha [...] Son millones y millones de metros cúbicos de robles y cedros y laureles y toda clase de maderas buenas, que se pudren de abono p'al banano [...] Hasta el clima nos van a cambiar botando las montañas... (p. 114).

Llama la atención la conciencia que tiene el autor de lo que supone la deforestación de la selva intertropical para el mantenimiento del equilibrio ecológico y climático, ya en 1940, año en que escribe la novela.

Las condiciones de vida miserables, trabajando incluso de noche en el *suampo*, zonas pantanosas, en que el agua podía llegar en todo momento a la altura de las rodillas, que provocaba úlceras, tos crónica, *yuyos*,<sup>40</sup> la aparición de nubes de zancudos que inyectaban la malaria, las comidas tan escasas que el hambre y la malnutrición eran lo habitual,<sup>41</sup> el ron o el guaro, consumido por las peonadas hasta el punto que “el liniero es borracho. Sólo él tiene el derecho de serlo” (p. 132).

Los lugares de residencia de las peonadas, en el seno de la propia Línea, los terribles campamentos, segregados los blancos de los negros jamaquinos, eran de un hacinamiento sin parangón:

Todo en el miserable caserío era monótono y desagradable. Las dos filas de campamentos, una frente a la otra a ambos lados de La Línea, exactamente iguales todos: montados sobre basas altas; techados con zinc que chirriaba con el sol y sudaba gotillas heladas en la madrugada; contruidos con maderas creosotadas que martirizaban el olfato con su olorcillo repugnante, y pintados de amarillo desteñido [...] Un poco más lejos. Unas casillas de negros radicados allí definitivamente, contruidas con latas viejas, astillones groseros y tablillas de las cajas de pino que de vez en cuando arrojaban del Comisariato [...] Muy arriba, sobre la línea, y como huyendo de la suciedad de los campamentos, los carros encedazados, limpios y confortables en que vivía el ingeniero Bertolazzi. Y como fondo sombrío, ahogando la miseria del pueblucho con sus miasmas palúdicos, la extensión inmensa y pantanosa ensombrecida por árboles gigantescos (p. 121).

En estas condiciones, todos los personajes de la novela, procedentes de lugares diferentes (lo que probablemente Carlos Louis Fallas introduce intencionalmente, para recalcar la incidencia de la Compañía en Costa Rica), Alajuela, Heredia, Nicaragua, etc., tienen como objetivo ahorrar algo para volver a su tierra, lo que resulta imposible:

Ilusiones de todos los que entran en la Zona Bananera en busca de fortuna y que se van dejando a jirones en las fincas de la United. Los linieros viejos ya no sueñan en nada, no piensan en nada. Sudan y tragan quinina. Y se emborrachan con el ron grosero que quema la garganta y destruye el organismo ¡hay que embrutecerse para olvidar el horror en que se vive y en el que se tiene que morir! (p. 124). Así es como corren torrentes de alcohol en La Línea, y como el Comisariato de la Compañía recoge de nuevo la sangre del paria a cambio de ron. Así llenan sus arcas los ogros que viven allá en Wall Street, con el oro amasado con las lágrimas,

sudor, esputos de sangre y gritos de angustia. Y que hiede a pus, a piernas podridas y a ron [...] Por lo menos, ayudan a que sus peones tengan un poco de gloria y ríen, lloren y sueñen despiertos. Y hasta les permiten tres horas de sueño tranquilo [...] ¡Gloria a los rubios banqueros del Norte! ¡Paso a la civilización! (p. 132).

De nuevo, la recurrente idea de *civilización*, que entraña la imposición del modo de vida y de la explotación más brutal, porque esas ilusiones de los peones nunca se cumplirán. En el Comisariato todo era más caro, incluso la quinina, fundamental para combatir el paludismo, pues “lo que valía cinco en las ciudades se pagaba a nueve en La Línea” (p. 134).

En la Tercera Parte, *En la Brecha*, retoma el diálogo con Herminio, abandonado al final de la Primera Parte, para narrar la vida miserable de ambos, desde la estancia de aquél en el presidio siniestro de San Lucas, por haber dado muerte al ingeniero Bertolazzi cuando huyó, hurtando toda la paga de la peonada, y el paso por el Hospital de La Compañía, en Limón, de José Francisco, aquejado de una fiebre espantosa:

Yo me opuse a que me llevaran al Hospital de La Compañía. No quería morirme como un perro allí, como se mueren tantos infelices ¡Hospital llaman a ese matadero! [...] –Pensar que todas las quincenas hay qui’aflojar la plata pa ese famosos hospital ¡Cuántos miles de dólares no s’echará a la bolsa la Compañía! (p. 176).

Incluso el Hospital de la Compañía era sufragado por los propios peones, de tal modo que la estrategia de explotación suponía que la tasa de beneficio debía de estar por encima de la salud y de la vida de aquéllos, hasta el punto que parecía diseñada con el objetivo de que nadie pudiese salir con vida de la Zona Bananera. El control monopolístico vertical de la frutera implicaba “botar el banano cortado, para evitar la baja del precio en el mercado extranjero”, de tal modo que así los peones perdían su trabajo.

*En la brecha* ya aparecen los primeros intentos de organización de la gran huelga bananera general de 1934,<sup>42</sup> en la que participan los millares de peones, asalariados, de la Compañía, y que supone el principio del fin en la llanura atlántica, momento a partir del que la transnacional decide su traslado a la llanura pacífica:

En la noche le hablé a la gente y dos días después estábamos en güelga. Pero nos cayó encima la policía a tiros. Nosotros, entonces, volamos puentes y arrancamos línea; pero al fin nos vencieron ¡estábamos solos contra todo el mundo! Según los periódicos, nosotros éramos unos bandidos, incendiarios y unos salvajes que avergonzábamos al país con nuestras barbaridades... a mí m’hicieron preso en un rancho, ardiendo en calentura y con las tripas deshechas por las amebas. En la cárcel leí un poco, y cuando salí me quedé a vivir en la ciudad, pa luchar con otros compañeros, por hacer una patria mejor. Y en eso ando, hermano. Es’mi historia (p. 179).

El testimonio es desgarrador, pero el relato denuncia con veracidad, y con calidad literaria fuera de lo común, las condiciones miserables de vida de los peones e indios de la Compañía en contraposición a la vida de lujo de los *machos gringos*, y cómo ésta, en definitiva, organizó y creó un espacio geográfico nuevo, articulando todo el territorio en torno a sus intereses y creando una estructura socio-espacial absolutamente dependiente de la transnacional, y en última instancia del *gran hermano rico del norte*. Muy ilustrativo resulta el siguiente diálogo,

a colación de los inconvenientes de trasladarse a las llanuras del Pacífico, tras la gran huelga bananera de 1934:

Cuidao, cabo Lencho, si el banano allí no va a ser otra cosa que un trapo pa tapar quién sabe qué cosas militares. Han hecho dragados profundos, líneas estratégicas y grandes campos de aviación. Y las máquinas que bombean el veneno también pueden bombear el petróleo pa los aviones, y la cañería del agua puede llegar hasta las bahías (p. 105).

LA PERSPECTIVA DE LA BURGUESÍA Y DE LOS FINQUEROS LOCALES: JOAQUÍN GUTIÉRREZ Y MURÁMONOS FEDERICO

La estrategia de La Compañía en el control monopolístico vertical implicaba el dominio de los finqueros locales, creándolos ella misma en muchos casos, con créditos de los bancos, cuyos directores estaban comprados,<sup>43</sup> o de ella misma, porque de esta manera rentabilizaban sus infraestructuras al máximo (trenes, barcos, etc.), al cobrar un canon incluido en el precio por racimo en la corta, los instrumentos de trabajo debían comprarlos a la frutera, o importarlos usando sus barcos, contaban con una producción de bananos independiente con la que podía jugar en los momentos de saturación del mercado norteamericano, desechándola parcial o totalmente en esos momentos. Esto es, La Compañía, cuyos directivos y gerentes residían en un área residencial acotada de Puerto Limón, con balnearios, clubes privados vedados al resto de la población, incluida la burguesía local,<sup>44</sup> dominaba directamente una gran parte de las tierras y producción de bananos e indirectamente una parte relevante que dejaba en manos de los finqueros locales, a los que ahogaba cuando sus tierras, por su localización les interesaba para crear grandes fincas propias, como es el caso de El Zafiro de *Murámonos Federico*. El Propio Carlos Luis Fallas, en su famoso discurso, ya mencionado<sup>45</sup> dice lo siguiente:

Por otra parte, la United, que ha sabido siempre defender muy bien sus grandes intereses en Costa Rica (y que ha contado siempre, para eso, con la alcahuetería lacayuna de nuestros gobernantes y con el servilismo vergonzoso ya antipatriótico de nuestros periódicos burgueses y el de casi todos los periodistas costarricenses), tenía entonces organizada la producción en el Atlántico en forma muy singular. Su política era la de crear finqueros particulares, hacendados criollos. Les alquilaba tierras y adelantaba dinero; y si poseían tierra, simplemente le facilitaba el dinero que necesitaban para levantar la plantación bananera. Pero, en todo caso, obligándolos a firmar leoninos contratos redactados por los propios abogados de la Compañía, según los cuales esos finqueros particulares quedaban comprometidos a vender su banano exclusivamente a la United Fruit Company, a un ínfimo precio señalado por racimo recibido (óigase bien: por racimo re-ci-bi-do), menos un porcentaje que les rebajaba en cada racimo como abono a la deuda contraída. Así surgieron en la Zona Atlántica centenares de plantaciones particulares, entre grandes haciendas y pequeñas fincas. Y de esta manera, la United Fruit Company, que ha monopolizado siempre el mercado bananero de los Estados Unidos, podía entonces maniobrar en ese mercado a expensas de esos finqueros particulares (porque a veces, cuando en el mercado yanqui el precio del banano tendía a la baja, a la United le convenía más botar el banano aquí, ya que el banano botado así no le perdía a ella, sino el finquero). Todo estaba organizado con miras a facilitar esas infames maniobras (pp. 184 y 185).

*Murámonos Federico*, organizada en 14 capítulos, con una original estructura narrativa, que incluye una suerte de “resumen” final a cada capítulo que realiza el hijo,<sup>46</sup> adolescente aún, del protagonista de la novela, Don Federico, el finquero-abogado acosado por La Compañía, es una excelente novela, con una ingeniosa creación de personajes bien definidos en la estructura social burguesa de San José y Puerto Limón, que giran siempre en torno a aquél. La novela tiene entidad propia, y aunque el hilo conductor del relato es la oposición del finquero local y la Compañía, constituye un excelente retrato de la compleja sociedad costarricense en torno a los años cuarenta, porque el tiempo es el de la Segunda Guerra Mundial,<sup>47</sup> y el espacio concreto el de Puerto Limón y las vegas del Pacuare, en la llanura atlántica, en donde se halla enclavada El Zafiro y La Compañía proyecta la construcción de una gran finca (*fincón*), para lo que compra todas las tierras y fincas de los propietarios locales, algunos de los cuales se resisten a vender.

En el caso concreto de Don Federico, y de su finca, El Zafiro, situado en el bajo Pacuare, con un total de unas cuatrocientas hectáreas de tierras, no todas cultivadas de banano, inicia la plantación de este cultivo como consecuencia de la ruina del cacao, por años de sequía y sobre todo por la competencia “desleal” de Honduras:

Hasta que comenzaron, maldita sea, las siete plagas: bajó el precio del cacao, las ardillas por miles, los hormigueros por cientos y aquella maldita sequía que casi duró dos años y que fue tan brava que los saínos y los felinos sin tener que comer en el monte, se pusieron atrevidos y llegaron de noche a rugir alrededor de la casa (p. 83).

Aunque la causa principal fue la extensión del cacao en Honduras, en donde los salarios más bajos determinaban unos costes de producción con precios en el mercado que arruinaron el cacao de Costa Rica.

Pero déjeme primero que le cuente, porque el banco tiene que entender. Si yo me metí a sembrar bananos no fue por gusto. Fue sólo cuando el precio del cacao se fue de bruces, y no fue culpa mía que los catrachos<sup>48</sup> olieran el negocio antes. Además usted sabe que en Honduras no hay Seguro Social y les pagan una miseria a los peones.

En cualquier caso, muchos finqueros, en general medianos propietarios, cafetaleros en el Valle Central invirtieron en la costa atlántica, en las condiciones ya mencionadas, alentados por La Compañía, para construir fincas de bananos, llevadas generalmente por un administrador local, como en el caso de El Zafiro. Cuando sus tierras no interesaban a La Compañía, por hallarse lejos de sus fincas principales o por no suponer obstáculos a sus infraestructuras, sobre todo a los ramales del ferrocarril, las plantaciones de los finqueros locales constituían, como señala Carlos Luis Fallas, un objetivo capital para los intereses de la Frutera. Ahora bien, La Compañía, en su política de expansión de sus plantaciones en las mejores tierras de la zona atlántica, inicia la construcción de una gran finca, de un *fincón*, en las vegas del río Pacuare, por lo que compra las tierras a todos los finqueros allí localizados, que venden, obligados, a precios irrisorios: “Epifanio, poneme atención, nos están acorralando. Ya la Compañía les compró a todos los demás, y a los que no quisieron vender, les fue peor” (p. 70). “A los Fonseca le había pagado a ochocientos la hectárea y a él si se ponía duro...” (p. 112).<sup>49</sup>

Si la Compañía presionaba para comprar, el finquero Don Federico, abogado de profesión, a quien los gerentes y directivos de aquélla habían relegado a una segunda línea como tal,



dejándoles solamente asuntos menores para asfixiarle del todo, alegaba razones de independencia y de propia voluntad para no vender, pero que del texto se puede deducir que son de índole patriótica y antiimperialista:

Primero, a ver si nos entendemos, que no he pensado jamás en vender “El Zafiro”. No quiero, no me da la gana. No tengo por qué. Segundo, que si ustedes me alegan que la compañía ya compró todo por aquí y ya es dueña de todas las tierras de esta ribera y que sólo le falta “El Zafiro” para redondear un fincón, un enorme fincón, eso, y perdonen la originalidad, con eso me limpio. Porque si fuera por eso también los ticos tendríamos algún día que venderles el río, o un pedazo de cielo, o qué sé yo qué. Y si me alegan que por culpa de mi finca la Compañía va a tener que dar largos rodeos con las líneas de tranvía o con los cablevías y que todo eso le va a salir carísimo, pues eso, como decía mi abuelo, que con su pan se lo coman, y que más bien se queden contentos y agradecidos de tener algo en que gastarlos millones que le sobran. Y, por último, lo que no debería olvidar nadie, nadie al que todavía le quede algo de patriotismo o de decencia, es que estos cuatro potreros de cinco volcanes se llaman todavía Costa Rica. Todavía no se llaman Costa Rica & Company Incorporated!  
(pp. 44-45).

Una razón ideológica, pues, propia de la clase social a la que pertenece, la burguesía ilustrada y liberal, patriota, que se resiste a ver cómo los extranjeros, los gringos, se apoderan de la República, de imposición de la independencia de la patria frente al imperialismo de las transnacionales. Idea que aparece también con una fuerte connotación en el siguiente diálogo:

Pero también entiendo que las cosas se venden cuando alguien las pone en venta [...] Porque vamos a ver, digamos usted, señor Peralta, que es una persona que parece de respeto, qué me diría usted si yo le mando media docena de cartas que usted ni siquiera abre y a pesar de eso yo llego un día cualquiera a su casa, toco y le salgo de sopetón con que vengo a comprarle la cama matrimonial? A ver, qué me diría [...] Pero si de todos modos yo me metiera en su dormitorio y me pusiera a dar saltos encima de la cama para probarles los resortes, qué me diría usted entonces? A ver. qué?(p. 43).

Es indudable que la imagen hace alusión en primera instancia a su propia finca, pero creo que connota algo más, la propia idea de ocupar la patria, el concepto de patria del costarricense de entonces. Cuando habla de dignidad personal alude también a la dignidad como ciudadano que ve cómo se le arrebató la soberanía.

La compañía, frente a la feroz resistencia del finquero elabora, en manos del gerente Mister Brooks, una estrategia de asfixia que se basa en los siguientes pasos: una ofensiva personal del gerente, con una visita a la finca acompañado de agrónomos para tomar muestras de la tierra; presiones a través del Presidente de la República, primo de Don Federico, a quien éste contesta con un telegrama escueto: “Dígame si usted es todavía tico”; ofensiva del Departamento Legal de la Compañía, enviando delegados para presionarle; compra de los directores de los Bancos, quienes se niegan a prorrogar la hipoteca sobre la finca e incluso a ampliarla incluyendo su casa de San José, hipoteca que sólo ascendía a unos nueve mil dólares (unos sesenta mil colones); contratación de peones hasta el punto de que el finquero no hallase mano de obra ni para la corta; como abogado, le colocan en una lista B, y “sólo le

encargaban cagarrutas de notaría para mantenerlo contento” (p. 148); prohibición de que los trenes de la Compañía recogieran los racimos de las cortas.

Es evidente que tal extorsión sobre un finquero mediano por parte de todo el aparato de la Compañía dio resultado, de tal modo que finalmente debió vender, en unas condiciones más humillantes aún, porque los “gringos son vengativos y siempre se salen con la suya”.

#### CONCLUSIONES

En las dos novelas analizadas se puede constatar la política de penetración de la UFCO en Costa Rica y su aplicación del control monopolístico vertical, dominando desde los medios de producción, la tierra, las grandes obras de infraestructura, el ferrocarril, la flota de barcos que opera en Puerto Limón, hasta los mercados. Mediante un sistema de alianza desigual con la burguesía de los finqueros locales y el dominio férreo de los peones, lograron un crecimiento vertiginoso hasta dominar toda la costa atlántica primero y más tarde las llanuras pacíficas. En *Mamita Yunai* Carlos Luis Fallas relata el abuso sobre las peonadas de los gringos de la Compañía en tanto que en *Murámonos Federico*, la excelente novela de Joaquín Gutiérrez, se analiza como hilo conductor la presión de la Frutera sobre los finqueros locales.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Pablo Neruda (*Canto general*)
- <sup>2</sup> He trabajado la edición de 1986, de Editorial Costa Rica, de 211 páginas.
- <sup>3</sup> Editorial Costa Rica, 1986, 232 páginas.
- <sup>4</sup> Es un sistema de cadenas y cables que permite transportar con mayor rapidez los racimos de banano desde el lugar de corte a las plantas de empaquetado.
- <sup>5</sup> Véase el manual de Eusebio Flores Silva, *Geografía de Costa Rica*, Editorial Universidad Estatal a Distancia, San José, 1989.
- <sup>6</sup> *Ibidem*
- <sup>7</sup> Carolyn Hall: *Costa Rica, una interpretación geográfica con perspectiva histórica*, Editorial Costa Rica.
- <sup>8</sup> En ésta se desarrolla una parte importante de la obra de Carlos Luis Fallas, cuando en la Primera parte relata el problema de los indios (de la indiada), y de sus condiciones miserables de vida, arrinconados y empobrecidos aún más por la política de explotación brutal de la UFCO.
- <sup>9</sup> Guy Lasserre, *América Media*, Editorial Ariel, Barcelona, 1975.
- <sup>10</sup> Es básicamente el espacio de las dos novelas que analizamos.
- <sup>11</sup> Algunos autores prefieren hablar de cultivos productos monoexportadores frente al más discutible de monocultivos; entre ellos, M. A. Seligson: *El campesino y el capitalismo agrario en Costa Rica*, Editorial Costa Rica. San sé, 1984
- <sup>12</sup> En *Mamita Yunai*, Carlos Luis Fallas pone en boca del narrador que “son millones y millones de metros cúbicos de robles y cedros y laureles y toda clase de maderas buenas que se pudren de abono p’al banano [...]. Pero, ¡qué l’ importa la madera a los machos si no les cuesta nada! Hasta el clima nos van a cambiar botando las montañas...” p. 114. También en ambos escritores se alude continuamente, más en el primero a las labores muy arduas para los peones de la *chapía* y la *voltea*, consistente la primera en desmontar con el machete la plantación de banano (o de cacao), y la segunda, en derribar la selva con el hacha, incluso en algunos casos con dinamita.
- <sup>13</sup> Eusebio Flores Silva, *Geografía de Costa Rica, Ibidem*
- <sup>14</sup> Véase M. A. Seligson: *El campesino y el capitalismo agrario en Costa Rica, Ibidem*
- <sup>15</sup> Hombre de negocios estadounidense, que se convierte en propietario de plantaciones de bananos en Costa Rica, Colombia y Panamá y junto con otros plantadores, fundador de la United Fruit Company en 1899.
- <sup>16</sup> “99 años de arriendo del ferrocarril, 800.000 manzanas de terrenos estatales en cualquier lugar del país, exención de impuestos guante veinte años, exención de impuestos aduaneros para los materiales necesarios para la construcción y mantenimiento del ferrocarril, de sus carros y máquinas”, M. A. Seligson: *El campesino y el capitalismo agrario en Costa Rica, Ibidem*
- <sup>17</sup> *Ibidem*

- <sup>18</sup> “En ese momento la población fue estremecida por un silbato de resonancias pavorosas y una descomunal respiración acezante. Las semanas precedentes se había visto a las cuadrillas de que tendieron durmientes y rieles [...]”, Colección Austral, 2000, p. 266.
- <sup>19</sup> Lo incluye a manera de una cuarta parte en la edición de la novela que he utilizado, a mi juicio de una forma algo forzada, porque la novela no gana nada y el discurso, excelente, no encaja en la trama del relato, aunque es cierto que de esta manera el discurso se ha conocido por un amplio círculo de lectores.
- <sup>20</sup> Véase su obra, *Las transnacionales del banano en Centroamérica*, Editorial Universitaria Centroamericana.
- <sup>21</sup> DISSERTATIO.COM, Boca Ratón, Florida. USA, 2004
- <sup>22</sup> *Ibidem*
- <sup>23</sup> Agotada durante mi estancia en Costa Rica, es la razón por la que no he tenido oportunidad de conocerla, aunque en un trabajo más ampliado de los escritores del banano, la incluiré.
- <sup>24</sup> De ahí la denominación de Costa Rica, y de otros países latinoamericanos, como *Repúblicas bananeras*.
- <sup>25</sup> [...] “Y el gringo, como buen gringo, era rencoroso y vengativo, y no iba a tolerar aquello, y la Compañía más poderosa que el Gobierno...” *Murámonos Federico*, p. 50.
- <sup>26</sup> La primera lectura la realicé con interés puramente literario, y en la segunda añadí la perspectiva de estudio como documento geográfico, al igual que con *la Murámonos Federico*.
- <sup>27</sup> *Tisingal* alude al nombre de unas minas de esmeraldas, buscadas por los conquistadores españoles en la Cordillera de Salamanca.
- <sup>28</sup> “El Gobernador no quiso decirnos el lugar preciso en que funcionaría la mesa de Amure. En resumidas cuentas, si queríamos fiscalizar esa mesa teníamos que ir a buscarla a las montañas de Salamanca” (p. 19).
- <sup>29</sup> “Usted llamar indios pa los votos, y dar guaro; ora tener votos, no quiere dar un trago... Utede con los votos ganar mucho inditos quedar aquí y no ganar nada. ¡Inditos no volver salir pa la votación!”, p. 68.
- <sup>30</sup> “Pues, hombré -le dije-, a mí me parece que en vez de estas fiestecitas que no sirven nada más que para corromper a los indios, debían ustedes preocuparse por traerles maestros y organizar una escuela en esta mismaza casa...”, p. 61.
- <sup>31</sup> “Un negro era el encargado de repartir el licor, que sacaba en jarros de un cuartocho cerrado. Los indios se lanzaban sobre él, estirando las manos, pero el negro los contenía hablándoles severamente. Imploraban en indio, y el que alcanzaba el jarro, hombre, mujer o chiquillo, se lo llevaba atropelladamente a la boca, con las dos manos, y bebía a grandes tragos, sin respirar siquiera” (p. 65).
- <sup>32</sup> En realidad la edición de esta obra es de 1950, 10 años después de la de Carlos Luis Fallas.
- <sup>33</sup> De todos modos, para muchos tampoco era un lugar deseado, como se manifiesta unos de los personajes afectados por la crisis de la zona atlántica: “Yo no quise que juéramos p’ allá, porque los muchachos que han vuelto nos han dao muy malas noticias. Dicen qu’ es más mal clima qu’ el Atlántico y que pagan una cochinidad” (p. 102). Más adelante se añade con más rotundidad: “Por eso les aconsejo que no se vayan. Allá se gana mal y el clima es mortífero” (p. 105).

- <sup>34</sup> “Se me había olvidao pedirle qui’haga algo pa que nos quiten el dólar por hectárea que tenemos que pagarle aquí a la Yunai, pa poder vivir y sembrar... usted no sabe lo qu’ es un dólar pa los indios” (p. 73).
- <sup>35</sup> Éste narra el cuento de cómo logró apresar al *renco Ramírez*, con la colaboración de los indios afines, chantajeados por su poder.
- <sup>36</sup> “Cuando Mr. Reed llegó como administrador, cayó como una maldición sobre la peonada: grosero, borracho y lujurioso, mantenía en constante zozobra a las mujeres de la finca, sin hacer distinciones entre solteras y casadas” (p. 92).
- <sup>37</sup> Baile típico de Guanacaste.
- <sup>38</sup> Trabajo de desmonte el primero y de derribo de la selva el segundo.
- <sup>39</sup> En el habla costarricense, se refiere al italiano, al que procede de Italia o habla italiano.
- <sup>40</sup> Vedijas y grieta sumamente dolorosas que se forma en los pies como consecuencia del trabajo en el *suampo* bananero, por el contacto permanente con la humedad y el agua.
- <sup>41</sup> “Pero lo que nos servía era comida para pájaros y no para hombre. Pedacitos casi indivisibles de carne; un poquito de arroz sin sal y dos docenas de frijoles ; una torta pequeña y dorada de harina y una infusión de hojas, que los negros llaman té y que sólo ellos se pueden tragar [...] –Esa caraja un’ hace más que toriarme el hambre-afirmaba Calero, ya camino del campamento , mientras buscaba bananos para acabarse de llenar” (p. 166)
- <sup>42</sup> La Cuarta Parte es un añadido posterior a la primera edición, y si bien constituye un excelente discurso, no forma parte de la trama de la magnífica novela, razón por la que no la analizamos aquí, aunque sí hemos usado el discurso como documento para entender mejor la compleja realidad costarricense.
- <sup>43</sup> “Y hasta los pisapapeles sabían que de los siete Directores cinco recibían por debajo sobresueldos de la Compañía” (p. 129).
- <sup>44</sup> [...] “Y los gringos tienen su club aparte y su balneario y te invitan a lo más una vez al año por caridad a sus fiestas en donde chupan whisky que es un gusto” (p. 54).
- <sup>45</sup> La *Gran Huelga Bananera del Atlántico de 1934*, discurso pronunciado en la *Asamblea de Solidaridad con los Huelguistas de Puerto González Viquez*, en San José, el 18 de Septiembre de 1955. Véase Cuarta Parte de *Mamita Yunai*.
- <sup>46</sup> Actúa a manera de portavoz o tal vez de super-yo familiar y de la sociedad de Puerto Limón.
- <sup>47</sup> “Fue papá el que se lo contó un día a una visita. Eso pasó el año en que nació José Enrique, le dijo. Había la guerra y un submarino alemán le tiró un torpedo a un carguero yanqui que estaba anclado fuera esperando para atracar en el muelle y lo hundió (...) Y cuando en san José se supo la noticia todo el mundo salió a la calle y apedrearon todas las tiendas de los alemanes y de los españoles franquistas...” (pp. 115 y 116).
- <sup>48</sup> Originarios de Honduras, hondureños.
- <sup>49</sup> El precio por hectárea cultivada de banano no era la compra con los dos mil colones al mes que cuesta el alquiler de una casa en San José ( *Víd*p. 113).